

CLARISA LIGARDE

*La última  
noche*



# *Índice*

[El poema](#)

[El color de las cosas](#)

[Romeo](#)

[Soñándole](#)

[Reencuentro](#)

[Nota de la autora](#)

**LA ÚLTIMA NOCHE**  
**escrita por Clarisa Ligarde**

Título: La última noche

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, u otros métodos o soportes, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 t sges. Del Código Penal).

© Clarisa Ligarde, 2019

Calle Las Marzas Nº14 3º Dcha.

39007, Santander Cantabria

[www.clarisaligarde.wordpress.com](http://www.clarisaligarde.wordpress.com)

©Fotografía de portada Luizdas de Pexels.com

© Diseño de portada, Clarisa Ligarde

©Maquetación, Clarisa Ligarde

ISBN: 978-84-16688-27-2

## *El poema*

Intuí la soledad que sobrevenía en sus labios esa misma mañana. Estaban fríos. Antes me lo dijeron sus entrañas. Un miércoles me llamó por mi nombre. ¿A quién había cedido el diminutivo cari, de cariño, de caricia? Di el último trago de la taza de café.

—Estoy acostumbrado a tomar decisiones —dijo Juan, distante— y ahora me toca la más difícil.

Me iba rompiendo en su justa medida.

—Compréndelo, no quiero vivir lo que han vivido mis padres... un matrimonio lleno de reproches y desidia.

El temblor medraba, y de qué manera. Un temblor que aún hoy me reconoce.

Pasó esa noche en casa. Pensé en el deseo... El cuerpo me dolía. No, mi cuerpo no. Mi espíritu. Le pedí que me abrazara aunque notara mi cuerpo frío, que me besara aunque no me amara, que me acariciara la nuca donde él sabía que me gustaba.

—¡Muérdeme los labios, hazme callar hasta que llegue el quejido!

Pero no lo hizo. ¿Por qué sentir si mi corazón ya había sido sepultado? Todo lo había aprendido de él. Tumbada a su lado recordé aquel poema que escribí con prisas mientras iba en el metro de camino al trabajo, después de nuestra

primera cita:

No supe de la piel hasta que no rocé tus labios con los míos

No supe del habla hasta que no escuché tus palabras

No supe del aire hasta que no percibí tu aliento

Le besé y le besé como si fuera la última noche de mi vida. Un cuerpo acostumbrado a dar caricias sin pedir nada a cambio. El mío.

Al día siguiente pegué la oreja a la pared.

—Déjale marchar —dijo mi madre. Había venido a nuestra casa, doblaba uno de mis sujetadores en el cuarto de la colada.

Juan cerró la puerta dando un portazo.

—Ya volverá.

Pero no ocurrió así. Me quedé sola en el piso. Demasiado alejado del pueblo. Demasiado frío. El perdón, dijo mi madre, o perdonamos o nos morimos del asco.

Coloqué dos almohadas en la cama, una a cada lado. Mi cuerpo amortiguado. Un día, otro día, digo día porque no quería vivir la noche sin él.

Rompí todas las fotografías. Miento. Menos la de nuestra primera cita. En el fotomatón. Apenas se nos ve. Él y yo más preocupados en atinar los besos.

Bailamos hasta que cerró El Niágara. Nunca me habían dolido tanto los pies como esa noche. Hablamos muy poco, de pronto, sentí el impulsó de abrazarle.

El tiempo se detenía. Noté su aliento en mi frente. Apretó sus muslos contra mis caderas. Su tacto quería acariciarlo todo. La oscuridad de sus ojos era lo único que veía. Apresé ese olor a nicotina que arrastrarían todos nuestros recuerdos. Sus labios temblaron con los míos. Esa sonrisa tímida. Nunca la volví a ver en él.

## *El color de las cosas*

La ausencia nada más que la ausencia en el piso de cincuenta metros cuadrados. Era de carne pero no era de carne. Cuando miraba no veía el color de las cosas ni escuchaba su melodía.

La sonrisa perfecta de Juan, los labios carnosos de Juan. Nunca más yo los besaría. Mis cejas, si hubiera podido me las hubiera arrancado, eran lo que a él menos le gustaba de mí.

Mi lugar, una puerta cerrada, una habitación oscura. Ruidos. Ruidos y más ruidos. Bajo la almohada. Retazos, recuerdos de una misma. Yo otra vez niña: no existía porque nunca era mirada.

Dejé sonar el teléfono como el berrido del bebé en sus primeros días. Sabía que era mi madre o Estela. Luego vino el silencio. Hasta mi hermana se cansó de mí. Yo no abría las ventanas de mi cuarto. Apenas comía. No me lavaba. El moho de las paredes era la flor que respiraba. El dolor recién nacido se convirtió en arma destructiva. Las quejas que no le dije a él a mi hermana se las vomité. Mi lengua sangraba. Ella me lo perdonó. Me lo perdonó todo. La paredes de mi cuarto... pareciera que lloviera dentro... ¿o eran mis ojos? Los días transcurrían a expensas de ese amor caducado.

Me harté de lentejas y de arroz blanco estofado con ajo. Juan decía que era comida de pobres.



## *Romeo*

Miau. Se encaramó a la ventana. Pelirrojo y anaranjado. Miau. Mirada felina.

Miau. Al otro lado del cristal.

Nunca quise vivir en un primer piso. Había sido cosa de Juan -odiaba los ascensores...-. Nunca. Ahí apoyado, con sus patitas anaranjadas. Miau. Le di la espalda. No era dueña del gato ni lo quería ser.

Acerqué el escritorio a la cama, la silla a la alfombra, el armario a la mesilla de noche, la maleta a los pies. Cualquier distancia por pequeña que fuera se me antojaba inmensa. De reojo miré las sombras de los zapatos desperdigados por el suelo, la ropa de hacía días tirada en una esquina, las cajas de comida rápida acumuladas. Bajar la basura a la calle era un suplicio. No me atrevía a abrir la ventana. En mi cuerpo el frío había invernado.

Soñaba con Juan tan nítidamente que temía acabar atrapada en su recuerdo. En realidad no quería despertar de él. La lluvia mecía las imágenes a través de la ventana de mi cuarto. Albergué la esperanza de un “Te quiero”. Muda susurré “Quédate”.

Ni mi sombra me obedecía.

Sus zarpas raspando el cristal. Otra vez. Raspando, maullando. Abrí la ventana y volví corriendo a la cama. Miau, volvía a maullar. Era un péndulo

en la repisa de la ventana mirando hacia la oscuridad. ¿A quién buscaba? Miau. Se encaramó al escritorio, revolvió los apuntes de mi novela a medio terminar. Miau. Saltó al suelo y dio un rodeo. El plumero de un lado a otro abanicaba el aire viciado. Su obstinación me estremecía. Miau. Siempre había considerado a los gatos unos animales independientes, a los que es difícil acercarse. Miau. Me sacó una sonrisa cuando asomó el hocico a la altura de mi nariz. Fui a acariciarle pero se escabulló y salió corriendo por la ventana. Miau.

Decidí llamarle Romeo.

## *Soñándole*

Juan caía de golpe en mi cama. Pero cuando me acercaba a besarle, eran labios etéreos los que me mordisqueaban.

Sólo conseguía dormir soñándole.

La soledad era demasiado oscura, demasiado grande. Se abalanzaba sobre mí desde la misma esquina. Decidí publicar mi foto y un perfil falso en eDarling, Meetic, C-date.

A la luz del flexo de la mesilla de noche mudaba de piel después de chocar cuerpos desconocidos contra el mío. Cuerpos que nunca atiné a ver bien. Cada noche morí para resucitar después.

La oscuridad estaba hecha para Juan y para mí, no para aquellos cuerpos.

Marta, Carmen, Laura, nunca les dije mi verdadero nombre, como si tuviera que seguir siendo fiel. ¿A quién? ¿A la añoranza? Un mueble empotrado sin puertas, sin ropa. La carcoma adueñándose.

Lo poco que fui llenando, el recuerdo de Juan lo fue vaciando. Con silencios, con preguntas que nadie me hacía y que nunca me atreví a responder. Me desprendí de mí misma.

Tuve miedo.

Empapado en su bonito pelaje el gato era la mitad de grande. Caía la primera lluvia de la primavera y sus bigotes goteaban. Miau. Me miraba con las pupilas cada vez más dilatadas. Miau. Golpeé el cristal de la ventana de mi cuarto.

—Márchate o te empaparás.

La lluvia arreciaba.

—Márchate, no seas testarudo.

Tiré mi zapatilla contra el doble vidrio.

—Márchate de aquí.

Abrí el vano de la ventana.

No escuché más maullidos.

Lo sabía todo de Juan. Ni el más recóndito lugar quedó inexplorado.

Recuerdo que Bizarre Love Triangle de New Order sonaba en bucle veinticuatro horas al día en mi habitación. No importaban los golpes de los vecinos en la pared. Los días no eran días, ni las horas eran horas. Mi jefe me llamaba a todas horas. Llevaba quince días sin acudir a mi puesto de trabajo como redactora de la revista. Fuera y dentro del paréntesis que había creado escrupulosamente se extendía el vacío. Me peleé con las palabras.

Los remordimientos por haber ahuyentado al gato de la ventana hicieron que buscara la caja de cartón. Con los dos laterales construí el techo y la pared de la caseta, y con el plástico de un envoltorio de sábanas recubrí la repisa. Las

rejas de la ventana hacían del mirador un buen escondite. Puse un tarro con las sobras de la cena: salchichas de paquete sin hacer y aceitunas rellenas de anchoas.

Miau, oí a los pies de la ventana.

Ese mismo día recuerdo que me desnudé sobre el colchón. Apuré el último cigarro de la cajetilla. El humo atemperaba mi mente. No había otra forma de aplacarme. Aunque tenía frío me resistí a cubrir mi cuerpo desnudo con las sábanas. Sólo en el pubis y en los senos me reconocía. Mi rostro, mi rostro era otra cosa.

Hojeé un libro pero enseguida lo tiré al suelo. Un deseo deshumanizado ascendió por mis piernas: imaginé las manos de Juan por mi cuerpo. Me negaba a palpar su ausencia. Juan buscando mi lengua como el que busca el relleno de un bombón derretido. Mi nombre de mujer era un sabor, una caricia al viento.

El gato y yo teníamos el mismo gusto por la mortadela rellena de aceitunas. Juan siempre ponía el grito en el cielo cuando traía cien gramos de la charcutería. Miau. Compartimos muchas meriendas.

Tiré otra loncha dentro de la caseta de cartón.

## *Reencuentro*

Los vi. Iban cogidos de la mano. Salían del New-Stop riendo sin dejar ni un segundo de mirarse. Deseé que aumentara mi hipermetropía. Ella era todo lo opuesta a mí. Rubia y esbelta. Cintura de avispa. Tendría unos dieciocho años. Los mismos que cuando lo conocí. Creí que la odiaría pero no fue así. Era una niña... Dejé pasar el autobús que me llevaría de vuelta al piso y los observé hasta que los perdí de vista. Por un momento, me imaginé siendo ella.

Al llegar a casa, cedí al gato uno de mis cepillos de pelo. Era encantador verle arquear la espalda mientras le peinaba el lomo y el animal cerraba sus ojos.

Dejé abierta la ventana de mi cuarto. No me importó que destrozara mis zapatos. Pelaje alborotado, pupila dilatada en la penumbra, contraída y esquiva a plena luz del día. El gato ronroneaba nada más verme.

Al poco tiempo me encontré a Juan en la fiesta de un amigo común, un pintor que se había pasado a la empresa de los videojuegos.

—Son igual que los cuadros pero interactivos, y dan más dinero.

Le escuchaba pero no le escuchaba. Recuerdo la misma canción repetida a lo largo de la noche: Let's Dance. Había oscuridad en la terraza. Juan me robó un beso, yo robé otro de su boca más amargo.

Un deseo físico. Irrespirable. La presión de su mandíbula, los ojos no queriendo mirar, la lengua seca y etílica. Su aliento en mi nuca era una soga reconocible. Sentí el vértigo, el escalofrío de no saber ser una misma.

Aún era de madrugada. De puntillas me deslicé fuera de las sábanas y cogí mi vestido de satén negro. No fui capaz de mirarle.

Al salir de la urbanización la lluvia bautizaba las aceras. Seguía lloviendo cuando llegué a casa. Me asomé a la ventana pero no vi los andares almidonados y mofletudos del gato en la calle que daba a la ventana. Las alcantarillas del barrio habían explotado.

—Qué raro, nunca falta a su cena...

Me aparté de la ventana (el olor de los desagües subía por la fachada). Pedí una pizza familiar de carne, a domicilio. Pimiento rojo, aceitunas negras. Seis latas de cerveza. No hay nada como empachar la gula y adormecer los sentidos para embriagar el afecto, por tonto que sea.

Pero el empacho no aplacó mi inquietud. Una inquietud que no tenía que ver con Juan.

En la radio aconsejaban no salir de casa por las inundaciones. Llevaba lloviendo toda la noche. Me puse el impermeable y cogí la linterna que guardaba de aquella vez que fuimos de acampada.

La noche, la noche vista desde fuera. No iba a encontrar las huellas del gato en el asfalto encharcado, pero ¿qué importaba? Lo estaba buscando.

—¿Tienes fuego? —me preguntó alguien, a mi espalda. Era un chico de unos

veinte años, parecía nervioso, y estaba muy delgado. Le di fuego. Recuerdo que al acercarme me fijé en sus ojos, eran bonitos. Brillaban.

El chico me acompañó hasta las calles del extrarradio. Las luces de un coche de policía iluminaron la fachada de la vieja fábrica.

—No quiero problemas, me marcho al albergue —me dijo el chico— ... Tú también deberías irte a casa, hace una noche de perros.

Miau. No me lo podía creer. Nunca había corrido tanto. Entré por la callejuela. La luz de mi linterna había deslumbrado al gato encaramado a la escalera de incendios de la fábrica. Miau. ¿Sería Romeo? A la izquierda, un poco más arriba. Miau. Un gato blanco y amarronado. Miau. Pardo. Miau. Miau. Gris perla... ... Tostado.

Era un barrio de gatos. Cualquiera de aquellos felinos hubiera agradecido un poco de cobijo y comida en aquella noche de tormenta pero yo solo quería recuperar a Romeo. Todo lo que no había llorado hasta entonces, lo lloré. Imaginé que mis lágrimas se mezclaban con la negrura que corría por el agua de las aceras.

Al doblar la esquina pestañee. Creí que era de agotamiento. Amanecía. Miau. Allí estaban sus grandes ojos ámbar, mirándome, desde el resquicio de un muro en ruinas. Su bonito pelo anaranjado, su sonrisa felina entristecida. Me acerqué poco a poco. No quería asustarle. Romeo... bis bis bis. Me dejó que lo cogiera en brazos. Un ramillete de venillas rojas cubrían el blanco de sus ojos.

FIN



## *Nota de la autora*

Gracias por el tiempo que has dedicado a leer “La última noche”. Si te gustó este libro te estaría muy agradecida si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo historias para lectores como tú. Tu apoyo es muy importante. Leo todas las opiniones e intento ofrecer un feedback para hacer este libro mejor. Puedes dejar tu opinión en la página de este libro en Amazon, haciendo un poco de scroll hacia abajo en el apartado “Opiniones de clientes”-“Escribir mi opinión” en Amazon.es. o en “Customer Reviews”-“Write a Customer Review” en Amazon.com.

Gracias, de nuevo.